

¿CÓMO SOBREVIVIR A SUEZ? EL GOBIERNO MACMILLAN Y EL IMPERIO BRITÁNICO EN ORIENTE MEDIO

HOW TO SURVIVE SUEZ? THE MACMILLAN GOVERNMENT AND THE BRITISH EMPIRE IN THE MIDDLE EAST

Javier Lion Bustillo
Universidad de Cádiz y UNED (Sevilla)

Entregado el 3-12-2012 y aceptado el 26-6-2013.

Resumen: Habitualmente se considera que el Reino Unido llevó a cabo un proceso ordenado de descolonización en el Oriente Medio, el cual habría tenido su punto de arranque en el desastre de Suez. Por el contrario, la evidencia histórica nos muestra que el gobierno Macmillan optó por mantener el imperio en esa zona mediante estrategias de «salir del paso» (*muddling through*) y cierto redimensionamiento (*retrenchment*), por lo que la supervivencia de sus alianzas debió garantizarse mediante nuevas intervenciones militares. No obstante, fueron la propia debilidad británica, la actividad del nacionalismo árabe y los problemas para conciliar sus intereses con los de Estados Unidos los que hicieron inviables los esfuerzos del gobierno Macmillan.

Palabras clave: Imperio Británico, Suez, nacionalismo árabe, Oriente Medio, Golfo Pérsico.

Abstract: Conventional wisdom asserts that British decolonization in the Middle East took place in an ordered manner, a process which began with the Suez disaster. However, historical evidence demonstrates that the Macmillan government's choice was aimed at the maintenance of the Empire through the use of strategies of muddling through and moderate retrenchment, which

implied that new military interventions were required to guarantee the survival of the existing alliances. Nevertheless, some factors like British weakness, the activity of Arab nationalism, and the problems to conciliate its interests with those of the US rendered the Macmillan government's efforts useless.

Key words: British Empire, Suez, Arab Nationalism, Middle East, Persian Gulf.

1. Introducción

El desastre de Suez constituye uno de los grandes episodios de la Historia del siglo xx. No podemos olvidar que en 1956 el Reino Unido era aún la principal potencia del Oriente Medio, manteniendo una amplia red de alianzas y tratados que implicaba notables vínculos económicos, políticos y militares. Sin embargo, a finales de los 60 el liderazgo británico había desaparecido, dejando paso a la hegemonía estadounidense. La cuestión en la que nos centraremos en este artículo es hasta qué punto la crisis de Suez implicó para el gobierno de Harold Macmillan la renuncia a conservar el imperio en el Oriente Medio.

La valoración histórica que se realiza de la descolonización británica parte generalmente del supuesto según el cual existe un marcado contraste entre la actitud de París y Londres frente al problema descolonizador. Así, Francia se habría inclinado por mantener su imperio de ultramar a toda costa, incluso recurriendo al uso de la fuerza, lo que le habría conducido a costosos conflictos armados que habrían contribuido firmemente a su declive como potencia. Por el contrario, el Reino Unido habría comprendido de manera temprana la futilidad de tal objetivo, optando por preparar de forma minuciosa la descolonización¹. El fracaso de Suez en 1956 ha sido visto tradicionalmente como el punto de inflexión que hizo girar la política británica en Oriente Medio, poniendo en evidencia la imposibilidad de conservar su tradicional papel regional. De este modo, los gobiernos británicos habrían buscado la liquidación ordenada de su imperio en la zona, al tiempo que negociaban con Estados Unidos una transición suave en el papel de potencia hegemónica en el área, de modo que no se resintiera ni la estabilidad regional ni la defensa de los intereses occidentales².

Sin embargo, un repaso a la Historia en los años posteriores a Suez (los correspondientes al gobierno Macmillan, 1957-63) nos ofrece un pa-

¹ David Abernethy, *The Dynamics of Global Dominance. European Overseas Empires 1415-1980*, Yale University Press, New Haven, 2000, p. 148. Robin Neillands, *A Fighting Retreat: The British Empire, 1947-97*, Hodder, Londres, 1996, p. 609.

² David Sanders, *Losing an Empire, Finding a Role, Londres, Macmillan, 1990*. Peter Hahn, *The United States, Great Britain and Egypt, 1945-1956. Strategy and Diplomacy in the Early Cold War*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1991. Peter Lyon, «The Commonwealth and the Suez Crisis», en W. Roger Louis y Roger Owen (eds.), *Suez 1956: The Crisis and Its Consequences*, Oxford University Press, Oxford, 1989, pp. 257-273. Ritchie Owendale, *Britain, the United States and the Transfer of Power in the Middle East, 1945-1962*, Leicester University Press, Londres, 1996.

norama con un destacado activismo militar y diplomático, combinado con la adopción de medidas contradictorias y escasamente planificadas³. No sería hasta mediados de los 60 cuando se pudo percibir una política definida de descolonización y de abandono de responsabilidades hegemónicas. Todo ello nos lleva a poner en cuestión la tesis tradicional según la cual Londres habría llevado a cabo una retirada voluntaria y ordenada en la región durante el gobierno Macmillan, siendo preciso analizar cuáles fueron los motivos que condujeron a un replanteamiento de la política en Oriente Medio y el impacto que realmente tuvo la crisis de Suez.

La distribución de este ensayo es la siguiente: en primer lugar, examinaré los posibles factores que pudieron conducir a un cambio de orientación de la política británica con respecto a su imperio en Oriente Medio; a continuación, repasaré brevemente las características de las relaciones entre Gran Bretaña y el nacionalismo árabe antes de Suez; posteriormente, analizaré la política aplicada en Oriente Medio durante el gobierno Macmillan y la evolución de la misma; para finalizar, realizaré una valoración general del impacto de Suez en el fin del imperio británico, relacionándolo con los factores que condujeron a ese resultado y exponiendo brevemente mis conclusiones.

2. El cambio en la política imperial británica

Los estudios sobre las razones del cambio en la política exterior de una potencia nos aportan diferentes perspectivas a la hora de entender por qué un país opta por abandonar una determinada línea de acción seguida hasta ese momento. Si tenemos en cuenta las conclusiones de la literatura institucionalista sobre la fuerte resistencia al cambio en cualquier administración pública y el predominio de la tendencia a seguir una vía ya familiar (*path dependence*), hemos de plantearnos qué razones impulsan a un Estado a realizar una reconsideración global de su política exterior en una determinada zona del mundo, dominada hasta entonces por una visión de carácter imperial⁴.

³ Nigel Ashton, *Eisenhower, Macmillan and the Problem of Nasser*, Macmillan, Londres, 1996, pp. 100-102.

⁴ Por *path dependence* se conoce la tendencia a que las futuras elecciones políticas dependan de las pasadas, no cambiando la línea de acción escogida en razón de los altos costes que ello implicaría. Véase Paul Pierson, «Increasing Returns, Path Dependence, and the Study of Politics», *American Political Science Review*, vol. 94, n.º 2, 2000, pp. 251-267.

Un punto de vista obvio consiste en estimar que se ha dado un cambio en los intereses de un determinado país que le conducen a deshacerse total o parcialmente de su imperio. En el caso del Oriente Medio, se trataba de una zona en donde Gran Bretaña había ido ganando peso sobre todo tras la I Guerra Mundial, basándose inicialmente en preocupaciones de carácter geoestratégico, por cuanto el Foreign Office y el gobierno británico de la India (*Raj*) consideraban que la ruta de Suez constituía la espina dorsal que unía a la metrópoli con la India y Australia⁵. La descolonización de la India en 1947 fue un incentivo para revisar esta posición, pero Gran Bretaña aplicó una política de fortaleza de la libra que requería conservar sus vínculos coloniales para estabilizar la balanza por cuenta corriente. Por otra parte, a partir de los años 40 se percibía claramente la enorme potencialidad petrolera del Oriente Medio, lo que reforzaría la posición política y económica del Reino Unido en el mundo si era capaz de seguir controlando la región⁶.

Otra razón para revisar los compromisos imperiales es el haber caído en una situación de «sobreextensión imperial» (*imperial overstretch*), es decir, que un imperio haya crecido más allá de lo que sus medios le permiten, lo que conduce a una crisis interna, debido a que ya no es capaz de cumplir con aquellas funciones esenciales que le aseguran el apoyo de sus súbditos. La teoría de la transición de poder afirma que el declive de una potencia hegemónica conducirá a otros a tratar de reemplazarla, usando incluso medios militares. Para evitar esta circunstancia, una potencia imperial puede intentar reducir sus compromisos (*retrenchment*), de tal suerte que aquellas zonas menos relevantes para sus intereses serán abandonadas⁷. No hay duda de que el imperio británico al final de la II Guerra Mundial se hallaba más extendido geográficamente que nunca, albergando a prácticamente la cuarta parte de la población mundial. Pero resultaba evidente que su economía había salido muy dañada de la con-

⁵ Véase Matthew Fitzsimons, *Empire by Treaty*, Notre Dame University Press, Notre Dame, 1964, p. 4.

⁶ Sobre la economía imperial, véase Allister Hinds, *Britain's Sterling Colonial Policy and Decolonization, 1939-1958*, Westport y Londres, Greenwood Press, 2001. Sobre la nueva importancia del Oriente Medio y la descolonización, véase Mathew Fitzsimons, *op. cit.*, pp. 12-13. John Darwin, «Decolonization and End of Empire», en W. Roger Louis, W. Robin Winks, y Alaine Low (eds.), *The Oxford History of the British Empire: Historiography*, Oxford University Press, Oxford, 1999, p. 546.

⁷ Véase Paul Kennedy, *Auge y caída de las grandes potencias*, Plaza y Janés, Barcelona, 1994.

tienda, precisando del apoyo norteamericano para sostener a la libra esterlina. Así, la financiación de la carga imperial se había vuelto más difícil, por lo que parecía aconsejable reducir los compromisos. De hecho, esa fue la política seguida por el gobierno Atlee al retirarse de Palestina y la India, renunciando también a la defensa de Turquía y Grecia, lo que parecería indicar una transición amistosa entre el Reino Unido y la nueva gran potencia, Estados Unidos⁸. Pero, por otro lado, una retirada demasiado radical socavaría los cimientos de la influencia británica, con la que Washington contaba para garantizar la defensa regional frente a la influencia soviética, ante las reticencias norteamericanas a asumir de forma directa esa función. Igualmente, los gobiernos tradicionales prooccidentales de la región esperaban ser protegidos frente al desafío del nacionalismo árabe (y frente a algunos aliados estadounidenses como Irán o Arabia Saudí).

Asimismo, una revisión en profundidad de la política exterior puede tener su origen en un cambio de tipo ideológico y psicológico, puesto que el papel hasta entonces desempeñado por una potencia puede no estar ya en consonancia con la visión que sus gobernantes, sus burócratas o su opinión pública poseen del país y de su actuación en el mundo. Es posible que estos cambios ideológicos se deban tanto al acceso a puestos de responsabilidad de nuevas élites, como a la transformación ideológica de quienes ya los ocupaban, al haber modificado su postura mediante procesos de aprendizaje social y socialización que les ponen en contacto con nuevas situaciones que contradicen aspectos básicos de su anterior visión⁹. La II Guerra Mundial constituyó un factor de cambio de primer orden para el Reino Unido, ya que tuvo serias repercusiones en las características de su sociedad. Ésta debió realizar un duro sacrificio para salir victoriosa de la contienda, pero las jóvenes generaciones de finales de los 50 y comienzos de los 60 iban perdiendo su vinculación intelectual y afectiva con la idea imperial¹⁰.

Por lo que se refiere a las élites, hay autores que atribuyen a este cambio de actitud (*decline of nerve*) la responsabilidad decisiva en la

⁸ Correlli Barnett, *The Collapse of British Power*, Humanities Press, Atlantic Highlands, 1986, pp. 587-588.

⁹ Charles Hermann, «Changing Course: When Governments Choose to Redirect Foreign Policy», *International Studies Quarterly*, vol. 34, n.º 1, 1990, pp. 3-21.

¹⁰ Por ejemplo, la idea de intervenir militarmente contra Nasser contaba con el rechazo de una parte considerable de la sociedad. Véase John Darwin, «Decolonization», *op. cit.*, p. 547.

pérdida del imperio. Así, el abandono progresivo de la voluntad imperial se habría ido extendiendo primero entre el gobierno Atlee, que aceptó la necesidad de reducir la presencia en Oriente Medio, pero sin renunciar a seguir jugando un papel fundamental en la región. De hecho, aunque Atlee elaboró un proyecto de abandono del imperio de Oriente Medio, manteniendo simplemente algunas instalaciones militares que permitieran un despliegue en caso de guerra, dicho plan no tuvo éxito ante el rechazo tanto del Secretario del Foreign Office, Ernest Bevin, como de la Junta de Jefes de Estado Mayor, que optaron por conservar una muy destacada presencia en la zona¹¹. Por su parte, personalidades conservadoras como Churchill o Eden tuvieron serias dificultades en adaptarse a la situación de posguerra. En el caso de Eden, deseó conservar el imperio en Oriente Medio a cualquier precio, lo que le condujo a sobreestimar la amenaza de Nasser y a buscar su derrocamiento, aún a costa de correr riesgos demasiado elevados, como fue el caso de la expedición de Suez¹². No obstante, el clima de dificultades y fracaso que vivió la política británica en la zona durante aquellos años sí constituía un factor que podía facilitar el cambio ideológico.

Por último, un giro en la política exterior puede estar ocasionado por la existencia de transformaciones en el contexto mundial. Así, la posición internacional de un país se ve afectada por el poder, los intereses o la ideología de otros, de tal suerte que su política exterior tiende a ajustarse no sólo a la actuación presente de los demás actores, sino también a sus posibles futuras acciones y a la evolución del sistema. De este modo, un contexto internacional menos favorable a una potencia puede llevarla a reducir sus compromisos en el exterior, al percibir que existe (o va a existir en el futuro) una menor tolerancia para su presencia en otras zonas del mundo, la cual requeriría de crecientes recursos para ser mantenida. El Oriente Medio es una región en la cual existe una fortísima influencia de los intereses de otras potencias, con gran capacidad para intervenir en

¹¹ Elizabeth Monroe, *The Britain's Moment in the Middle East, 1914-71*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1981. Nicholas Owen, «Britain and Decolonization: The Labour Government and the Middle East, 1945-1951», en Michael J. Cohen y Martin Kolinsky (eds.), *Demise of the British Empire in the Middle East*, Frank Cass, Londres, 1998, pp. 3-22. Sobre la opinión de los Jefes del Estado Mayor, véase David Devereux, *The Formulation of British Defence Policy towards the Middle East, 1948-1956*, Macmillan, Londres, 1990, pp. 16-19.

¹² W. Roger Louis, *Ends of British Imperialism*, I. B. Tauris, Londres, 2006, pp. 609-626.

la política doméstica de los distintos países, dentro de los cuales hay un fuerte faccionalismo que conduce a los diferentes actores a buscar aliados en el exterior para reforzar su posición. Pero también esos actores locales han tenido una gran habilidad para implicar en sus propias disputas a algunas potencias internacionales¹³.

En el caso británico, la II Guerra Mundial proporcionó un cuadro engañoso de su poder: si por un lado fue capaz de resistir la presión del Eje, por otro sufrió una enorme sangría de recursos humanos y materiales, de modo que su recuperación se hizo muy larga y complicada. Su fuerza militar no estaba a la altura de la de norteamericanos o soviéticos, al tiempo que el clima de la Guerra Fría no favorecía la rápida reducción de sus fuerzas armadas¹⁴. En este sentido, su papel a escala internacional dependía de su colaboración con Estados Unidos, que le exigía que fuera capaz de garantizar la seguridad del Oriente Medio frente a cualquier amenaza de la URSS o de fuerzas comunistas, dentro del marco de la estrategia de contención promovida por Washington. De hecho, ni Truman ni Eisenhower quisieron implicarse directamente en el Oriente Medio, reconociendo la primacía británica en el área, pero a cambio de asegurar que la política de Londres respetara los intereses primordiales norteamericanos. El papel de Washington sería únicamente el de apoyar de modo indirecto a su aliado¹⁵.

El problema fue que los intereses norteamericanos y británicos resultaron a veces discrepantes. Mientras Washington quería garantizar que el esfuerzo defensivo se concentrara en el «Anillo Exterior» (*Outer Ring*), cerca de la frontera meridional de la URSS (es decir, Turquía e Irán), Londres prefería que se focalizara más en un «Anillo Interior» (*Inner Ring*), basado en su zona de influencia (el Canal de Suez, comprendiendo también Jordania e Irak)¹⁶. Por otra parte, los norteamericanos temían la expansión del comunismo por la región, pero la evidencia demostraba a los británicos que esa ideología carecía de influencia significativa, es-

¹³ L. Carl Brown, *International Politics and the Middle East: New Rules, Dangerous Game*, Princeton University Press, Princeton, 1984, p. 3. Peter Sluglett, «The Cold War in the Middle East», en Louise Fawcett (ed.), *International Relations of the Middle East*, Oxford University Press, Oxford, 2005, p. 50.

¹⁴ Paul Kennedy, *op. cit.*, p. 575.

¹⁵ Matthew Fitzsimons, *op. cit.*, pp. 51-52. W. Roger Louis, «American Anti-Colonialism and the Dissolution of the British Empire», *International Affairs*, vol. 61, n.º 3, 1985, pp. 395-420.

¹⁶ David Devereux, *op. cit.*, p. 40.

tando más preocupados por la extensión del nacionalismo árabe. La amenaza nacionalista hizo que los sucesivos gobiernos británicos se concentraran en la lucha contra ella, lo que a menudo ocasionaba fricciones con los intereses de los norteamericanos, puesto que provocaba la hostilidad árabe contra Occidente. La posición de Washington hacia los nacionalistas era más compleja, al depender la misma de las posibilidades de lograr cierta colaboración con ellos. Por último, los aliados estadounidenses en la zona (como Arabia Saudí o Irán) tenían también problemas con algunos de sus vecinos que componían el imperio informal británico en el Golfo (Omán, Abu Dhabi, Qatar...), a lo que hay que añadir algunas disputas entre las compañías petrolíferas. De ahí que los intereses de Washington y Londres fueran a veces difíciles de conciliar, tal como se puso en evidencia en la crisis de Buraimi (1952-54), en la que estuvo a punto de producirse un choque armado entre los británicos por un lado y los saudíes por otro. No es extraño por ello que existiera entre una parte de la élite británica la sensación de que Estados Unidos trataba de avanzar sus posiciones en el área a costa de Gran Bretaña, tal como había sucedido en Irán tras el golpe de 1953. No obstante, esa ocasional disparidad de intereses no podía ocultar el que éstos resultaban a menudo complementarios, como en el imprescindible apoyo otorgado por Washington a la libra, lo que aconsejaba a los dirigentes de Londres el tener muy presentes las opiniones de Washington¹⁷.

En resumidas cuentas, a mediados de los años 50 el Reino Unido podía manejar cuatro opciones con respecto al futuro de su imperio en Oriente Medio. La primera radicaba en mantener inalterado el *statu quo*, lo que permitiría al país conservar su rango de gran potencia mundial, pero a costa de granjearse la permanente hostilidad del naciona-

¹⁷ Tore Petersen, *The Middle East between the Great Powers. Anglo-American Conflict and Cooperation, 1952-7*, Macmillan, Basingstoke, 2000, pp. 36-46. La enorme importancia otorgada por el gobierno británico a Buraimi se derivaba de que, en palabras del entonces Secretario del Foreign Office Harold Macmillan: «*Whoever controls Buraimi can dominate the British-protected Trucial States and the Sultanate of Muscat and Oman, where we believe that big oil deposits lie...If the Saudis were to get control of Buraimi we should be regarded as having betrayed the Rulers for whom we are acting and the value of the British protection would slump heavily all the way from Kuwait to Aden*». «Buraimi», Memorandum del Secretario del Foreign Office, C.P. (55) 153, CAB/129/78, 15/10/1955, U.K. National Archives, Kew (en adelante, NA). Sobre las suspicacias británicas hacia Washington, Steven Z. Freiburger, *Dawn Over Suez: The Rise of the American Power in the Middle East, 1953-57*, Ed. Ivan Dee, Chicago, 1992.

lismo árabe. Ello provocaría una sangría de recursos que serían necesarios para conservar amplios contingentes militares en la región en un contexto de enfrentamientos armados. Este escenario parecía difícil de sostener a largo plazo, dada la delicada situación financiera del país y teniendo en cuenta que Estados Unidos no se sentiría satisfecho con unas circunstancias que colocaran a la opinión pública árabe contra Occidente. La segunda posibilidad consistía en «salir del paso» (*muddling through*) mediante pequeñas reformas y maniobras de distracción que alteraran lo menos posible el *statu quo*, pero dando una cierta apariencia de cambio. En este sentido, el cierre de algunas bases o la firma de tratados de amistad con Estados aparentemente soberanos (pero dependientes en la práctica de Londres) podían crear la ilusión de que el Reino Unido conservaba sólidas alianzas en la región. El problema principal era hasta qué punto tal política podía servir para convencer a Estados Unidos o a los nacionalistas de que los cambios promovidos suponían una auténtica reforma¹⁸. La tercera opción se basaba en redimensionar la posición británica en el Oriente Medio (*retrenchment*), renunciando a sus responsabilidades sobre ciertas áreas para concentrarse en las más valiosas para sus intereses o menos costosas de conservar. Aquí el problema consistía en que su estatus de gran potencia experimentaría un evidente declive, dado que sus antiguos clientes buscarían un nuevo patrón más poderoso con capacidad para garantizar su seguridad, al tiempo que sus rivales nacionalistas podían ver en ello un síntoma de debilidad, lo que les incitaría a renovar su desafío allí donde la presencia británica fuera mantenida. Por último, Gran Bretaña podía elegir una retirada total, creando una relación de genuina igualdad con los gobiernos de la región y construyendo acuerdos o alianzas basados en compromisos mucho más limitados y libremente aceptados por los aliados, con lo que el papel de Londres se reduciría a ejercer una influencia sutil. El principal problema de esta solución fue que implicaba reconocer el fin del sueño imperial y contentarse con un papel mucho más modesto en la política mundial. Como veremos, Gran Bretaña practicó en el plazo de pocos años todas estas opciones, pero con marcada preferencia por las más conservadoras.

¹⁸ Sobre la tendencia de los políticos hacia las estrategias de *muddling through*, Charles Lindblom, «The Science of “Muddling Through”», *Public Administration Review*, vol. 19, n.º 2, 1959, pp. 79-88.

3. El nacionalismo árabe y Suez

Tras la II Guerra Mundial, el Reino Unido mantuvo una presencia muy destacada en el Oriente Medio, constituyendo lo que ha sido denominado un «imperio mediante tratados» o «imperio informal». Aún cuando pocos territorios en la región podían ser considerados como verdaderas colonias, existía una red de compromisos con la mayoría de los gobernantes tradicionales que restringían la soberanía de sus países¹⁹. Las autoridades británicas consideraban que la conservación de este imperio constituía uno de los objetivos estratégicos más relevantes de su política exterior. De hecho, representaba el principal activo que aportaba al Reino Unido la condición de gran potencia, debido a su importancia económica y a su posición estratégica, por lo que la pérdida de otros territorios (especialmente la India) trató de ser compensada mediante una creciente hegemonía en el espacio del Oriente Medio y el Golfo Pérsico. Pero ese imperio implicaba también notables cargas, como el control de una amplia red de instalaciones militares en un momento en el que la economía británica daba muestras de seria debilidad²⁰.

Por lo que se refiere al nacionalismo árabe, el gobierno Eden pensaba que esta corriente política resultaba en el Oriente Medio más peligrosa que el comunismo, ya que buscaba la disolución de cualquier tipo de compromiso de origen colonial que pudiera subsistir, además de constituir el germen de la desestabilización de la política nacional en cada país al amenazar la posición de dominio de las élites tradicionales. Éstas habían jugado históricamente el papel de fieles aliados del imperio británico, pero ahora se veían desacreditadas por esa colaboración. El hombre que personificaba esa corriente revolucionaria, el Presidente egipcio Nasser, había visto crecer su prestigio de forma continua entre las masas árabes, lo que suponía un desafío para el orden existente y para Gran Bretaña. Por ello,

¹⁹ El concepto de imperio aquí manejado se define por ciertas características tales como una nítida diferenciación entre el centro y la periferia, asimetría dentro de la propia periferia (contractualismo heterogéneo), gobierno indirecto a través de intermediarios, y escasos lazos entre los miembros de la periferia. Daniel Nexon y Thomas Wright, «What's at Stake in the American Empire Debate», *American Political Science Review*, vol. 101, n.º 2, 2007, pp. 253-271. Sobre el concepto de «imperio mediante tratados», véase Matthew Fitzsimons, *op. cit.*, pp. 12-17. Sobre el «imperio informal», W. Roger Louis, «Britain and the Middle East after 1945», en L. Carl Brown (ed.), *Diplomacy in the Middle East*, I. B. Tauris, Londres, 2001, p. 22.

²⁰ David Devereux, *op. cit.*, pp. 16-19 y 38.

las autoridades de Londres concentraron sus esfuerzos en lograr su derrota política, incluso si ello implicaba el recurso a la fuerza²¹. En cualquier caso, la debilidad del Reino Unido condujo al gobierno Eden a dos tipos de iniciativas: por un lado, promovió la creación de acuerdos de carácter político-militar entre los Estados árabes aliados (el Mando de Oriente Medio y el Pacto de Bagdad) con vistas a reforzar su posición frente a la URSS y al nacionalismo árabe, ya que el liderazgo de estos proyectos permanecería en manos británicas; por otro, intentó atraer la atención norteamericana hacia el Oriente Medio con vistas a lograr cierto grado de apoyo (sobre todo económico) por parte de Washington, para lo cual era preciso vincular los intereses británicos con los de Occidente²².

Tras la negativa occidental a conceder los créditos anteriormente prometidos para construir la presa de Assuan y la posterior nacionalización de la compañía que gestionaba el Canal (julio de 1956), Londres percibió una amenaza directa a su imperio y decidió emplear la fuerza contra el líder egipcio, uniéndose al ataque franco-israelí contra Suez con vistas a crear un *casus belli* que evitara las reticencias de Washington (29 de octubre de 1956)²³. Pero la firme respuesta de la URSS y de Estados Unidos (apoyadas por la gran mayoría de la opinión pública mundial) condujo a la salida de las fuerzas invasoras, poniendo en evidencia los límites existentes para cualquier iniciativa británica en la zona que pudiera ser percibida por Washington como dañina para sus propios intereses. Por ello, este precedente estuvo siempre presente en los cálculos británicos en sus posteriores intervenciones militares²⁴.

No hay duda de que el fracaso de Suez tuvo un serio impacto inmediato en la posición británica en Oriente Medio. En primer lugar, significó que el Reino Unido pasó a quedar identificado con la política israelí, perdiendo totalmente el apoyo de la opinión pública árabe. También supuso el definitivo eclipse de la influencia británica en Egipto, a lo que se añadía

²¹ Por ejemplo, Michael Eppel, «The Decline of British Influence and the Ruling Elite in Iraq», en Michael J. Cohen y Martin Kolinsky (eds.), *op. cit.*, pp. 185-197.

²² David Devereux, *op. cit.*, pp. 43-44 y 109-113. Robert McNamara, *Britain, Nasser and the Balance of Power in the Middle East, 1952-1967*, Frank Cass, Londres, 2003, pp. 5-7. Para este último, las excesivas ambiciones hegemónicas de Egipto y Gran Bretaña (que sobrepasaban su poder real) habrían sido la causa de su difícil relación.

²³ L. Carl Brown, *op. cit.*, pp. 163-167. Keith Kyle, «Britain and the Crisis, 1955-1956», en W. Roger Louis y Roger Owen (eds.), *Suez 1956, op. cit.*, pp. 103-130.

²⁴ Keith Kyle, *op. cit.*, pp. 125-130. Robert R. Bowie, «Eisenhower, Dulles and the Suez Crisis», en W. Roger Louis y Roger Owen (eds.), *Suez 1956, op. cit.*, pp. 191-212.

la imposibilidad de utilizar en caso de conflicto la base de Suez, llave de las comunicaciones marítimas. La figura de Nasser brilló con más fuerza que nunca entre los grupos nacionalistas árabes, los cuales percibieron la debilidad británica, llevándoles a considerar que podían desatar pequeñas guerras de desgaste que acabarían por resultar demasiado costosas para Londres; por ello, pasaron a ser más exigentes en sus demandas hacia el Reino Unido. Por último, esa pérdida de prestigio también se dio entre sus aliados en la región, que empezaron a considerar que debían buscar otros protectores externos que pudieran garantizar su seguridad de manera más eficaz, lo que explica la creciente influencia de la URSS y sobre todo de Estados Unidos. No obstante, en los años siguientes el Reino Unido no renunció en absoluto a su posición imperial, sino que siguió manteniendo un perfil destacado en el Oriente Medio, a pesar del alto coste de esta política²⁵.

4. ¿Continuismo, viento de cambio o «pequeño imperio»?

Desde finales de los 50, el gobierno británico adoptó una política que trataba de reconsiderar su papel como potencia imperial a escala mundial, limitando sus obligaciones en escenarios como África, al tiempo que se procedía de forma controlada a llevar a cabo un proceso de descolonización, tendencia que recibió el apelativo de «Viento de Cambio». No obstante, en lo referente al Oriente Medio las circunstancias fueron mucho menos claras. El fracaso de Suez condujo a la caída de Anthony Eden y su sustitución por Harold Macmillan (enero de 1957), el cual desde sus anteriores responsabilidades había sido uno de los grandes valedores de la expedición contra Nasser²⁶. De hecho, este factor subraya el continuismo de la política británica en Oriente Medio, que se puso en evidencia con el mantenimiento de los principales objetivos estratégicos. Y si bien a co-

²⁵ Robert McNamara, *op. cit.*, pp. 58-60. Tore Petersen, *op. cit.*, p. 68.

²⁶ Harold Macmillan había sido Secretario del Foreign Office entre abril y diciembre de 1955, por lo que fue un claro responsable de la política de enfrentamiento con Egipto en los meses críticos en los que se consideró la idea de una intervención militar. Posteriormente, como Canciller del Exchequer, fue uno de los grandes impulsores de la operación de Suez, justificándola en términos económicos. Véanse Conclusiones del Gabinete, 28/10/1956, CAB/128/30, N.A. Sobre el «Viento de Cambio», Donald Maclean, *British Foreign Policy since Suez*, Hodder and Stoughton, Londres, 1970, pp. 136-147.

mienzos del año se realizaron algunas evaluaciones sobre la necesidad de revisar su liderazgo en la región, las nuevas crisis surgidas mostraron que Londres no acababa de asumir un papel más limitado en la zona, conservando su voluntad hegemónica. Así, el compromiso de defender la región frente a la URSS y el nacionalismo árabe siguió siendo prioritario, otorgando gran énfasis a la preponderancia británica en los Estados árabes del Golfo (con la excepción de Arabia Saudí, situada bajo la influencia norteamericana) y a la alianza con los Hashemitas (tanto en Irak como en Jordania)²⁷. De ahí que la pérdida de la base de Suez tratara de ser compensada mediante el reforzamiento de otras instalaciones militares en la zona (Chipre, Adén) que permitían el despliegue de fuerzas de intervención rápidas²⁸. Gran Bretaña siguió considerando que la principal amenaza procedía del nacionalismo nasserista, ya que resultaba improbable que la URSS llevara a cabo acciones militares directas en la zona, prefiriendo operaciones encubiertas. Por ello, la crisis de Suez consolidó la tendencia preexistente a promover pactos regionales contra Nasser (como el intento de alianza entre Jordania e Irak), así como el reforzamiento de la implicación de Estados Unidos, de tal modo que existiera una creciente coordinación de las acciones británicas y norteamericanas²⁹.

En cualquier caso, la mejora de los vínculos transatlánticos tras la Cumbre de Bermuda (marzo de 1957) no implicó en absoluto la desaparición de la disparidad de intereses. Los norteamericanos eran conscientes de la importancia de reconstituir su alianza con el Reino Unido, muy debilitada tras Suez, y que en Washington era valorada más por sus implicaciones globales (especialmente en la OTAN) que por su impacto en el Oriente Medio. Además, deseaban evitar un vacío de poder como resultado de la pérdida de influencia británica, ya que podía permitir el incremento de la presencia soviética³⁰. Sin embargo, desde Londres se hacía hincapié en la idea de «interdependencia» entre ambas potencias, lo

²⁷ «Middle East Policy», Nota del Foreign Office, 5/02/1957, OME (57)7 (Final), CAB/134/2339, NA.

²⁸ Karl Pieragostini, *Britain, Aden and South Arabia. Abandoning Empire*, St. Martin's Press, Nueva York, 1991, p. 7.

²⁹ Stephen Blackwell, *op. cit.*, p. 88. «Anglo-American Discussions on Middle East Policy», Nota del Foreign Office, 12/04/1957, OME (57) 27, CAB/134/2339, NA.

³⁰ Memorándum de conferencia entre Dulles y Eisenhower, 20/12/1956, *Foreign Relations of the United States 1955-57* (en adelante, *FRUS*), vol. XII, pp. 415-7. «Programme to Counter Soviet Penetration in the Middle East», Documento del Departamento de Estado, 5/12/1956, *FRUS 1955-7*, vol. XII, pp. 383-7.

que aplicado al escenario del Oriente Medio quería decir que de la misma forma que el Reino Unido apoyaba a Estados Unidos a nivel mundial, Washington debía, de forma recíproca, respaldar la política británica en esa región. Estas consideraciones permitieron alcanzar un compromiso un tanto impreciso, el cual se basó en que el Reino Unido evitaría adoptar iniciativas contrarias a los intereses norteamericanos, a cambio de que Washington aceptara la continuación de la preponderancia británica en el Golfo³¹.

Sin embargo, en los años posteriores la implicación británica en los conflictos regionales incluso creció tras la experiencia de Suez³². Los mejores ejemplos de esta tendencia continuista por parte del gobierno Macmillan se pueden rastrear en su actitud en una serie de escenarios principales: Omán, Siria, Jordania, Kuwait y Adén/Yemen. En primer lugar, el imperio británico en el Golfo Pérsico se basaba en el principio de que la lealtad de las monarquías de la región debía ser compensada mediante la contribución efectiva de Londres a la defensa de estos territorios no sólo frente a los nacionalistas árabes, sino también frente a dos aliados de Washington como eran Arabia Saudí e Irán. En este sentido, la monarquía saudí albergaba ambiciones territoriales frente a sus vecinos de Omán y los denominados Trucial States (los actuales Emiratos Árabes Unidos)³³. De hecho, en 1957 estalló una rebelión en Omán a cargo del Imán Ghalib, la cual desde el punto de vista de Londres respondía a la instigación saudí, lo que colocó al gobierno Macmillan ante el dilema de escoger entre la no intervención (lo que socavaría sus alianzas en el Golfo) y la acción militar, que podría enfrentarle a un aliado de los norteamericanos. El Reino Unido optó por utilizar a Washington para presionar a Riad, pero al mismo tiempo desplegó su fuerza militar para respaldar al Sultán de Omán, ya que las tropas de éste habían sufrido algunas derrotas.

³¹ Actas de la Cumbre de Bermuda, 21/03/1957, PRO PREM 11/1838, NA. Memorandum de conversación entre las delegaciones de Estados Unidos y del Reino Unido, Bermuda 21/03/1957, *FRUS 1955-7*, vol. XII, pp. 466-73. Stephen Blackwell, «Pursuing Nasser: The Macmillan Government and the Management of the British Policy Towards the Middle East Cold War, 1957-63», *Cold War History*, vol. 14, n.º 3, 2004, p. 86. Tore Petersen, op. cit., pp. 109-112. Nigel Ashton, *Eisenhower, Macmillan and the Problem of Nasser: Anglo-American Relations and Arab Nationalism*, Palgrave-Macmillan, Londres, 1996, pp. 114-120.

³² Karl Pieragostini, op. cit., pp. 25-27.

³³ Memorandum del Secretario del Foreign Office, 7/06/1957, C. (57) 138, CAB/129/87, NA.

La ayuda británica sirvió para cambiar esta tendencia, de tal modo que los insurgentes debieron refugiarse en el Jebel Akhdhar, una cordillera al Norte del país. El papel norteamericano fue aquí útil para contener la política saudí, pero en cualquier caso este foco de tensión continuó abierto, ensombreciendo las relaciones entre las dos potencias occidentales. Por su parte, el gobierno de Londres se embarcó en 1958 en un costoso proyecto para fortalecer las capacidades defensivas omaníes. A pesar de ello, en 1959 las tropas británicas debieron ayudar a las del Sultán en su asalto decisivo para poner fin a la revuelta. De hecho, la ayuda militar a Omán no hizo sino incrementarse con posterioridad³⁴.

A comienzos de 1957, la posición británica en el Próximo Oriente parecía haberse visto fuertemente dañada con la firma del denominado Pacto Árabe de Solidaridad entre Egipto, Siria, Arabia Saudí y Jordania. Con el enorme respaldo popular alcanzado por la figura de Nasser después de Suez, muchos regímenes árabes consideraron que era preciso aproximarse al líder egipcio, al menos mediante una serie de gestos, de modo que ello legitimara su posición interna. Además, Arabia Saudí deseaba debilitar la presencia británica al ver en Londres el obstáculo para sus ambiciones en el Golfo. Por su parte, el rey Hussein de Jordania se había visto obligado a aceptar un gobierno de línea nacionalista (el gobierno Nabulsi), el cual estableció cierta colaboración con Egipto y exigió la abrogación del Tratado militar que el país mantenía con Londres. No obstante, Hussein destituyó posteriormente a Nabulsi y pasó a recibir creciente ayuda norteamericana, lo que estabilizó por el momento su situación³⁵.

Este contratiempo para Nasser hizo fracasar el Pacto Árabe de Solidaridad y debilitó su posición regional, ya que además su aliado sirio se vio afectado por fuertes disputas internas. El país estaba dirigido por grupos nacionalistas, dentro de los cuales fue creciendo la influencia de aquéllos que eran partidarios de una relación más estrecha con la URSS, lo que levantó las suspicacias de Washington. La reacción estadounidense fue la aprobación de la denominada «Doctrina Eisenhower», según la cual Estados Unidos se reservaba el derecho a intervenir mediante todos los me-

³⁴ Tore Petersen, *op. cit.*, pp. 114-119. El Gabinete incluso autorizó bombardeos sobre aldeas ocupadas por los rebeldes, a pesar de ser conscientes de la imagen negativa que proyectaba. Conclusiones del Gabinete, 18/07/1957, C.C. (57), CAB/128/31, NA. Sobre la ayuda militar, Nota del Secretario del Foreign Office, 5/07/1960, C. (60) 104, CAB 129/102, NA.

³⁵ Robert McNamara, *op. cit.*, pp. 92-4

dios a su alcance en cualquier país del Oriente Medio que estuviera amenazado por la subversión comunista. En Washington se manejaba cada vez con más fuerza la idea de desarrollar actividades destinadas a derribar el régimen de Damasco, considerando a Londres como un posible colaborador en esta tarea, si bien hay autores que ven en esa Doctrina el ejemplo de cómo Estados Unidos habría reemplazado *de facto* al Reino Unido como potencia hegemónica en la región³⁶.

Macmillan trató de aprovechar la oportunidad para debilitar a Nasser, promover el papel de su protegido Irak y demostrar a Washington que el Reino Unido podía seguir siendo un aliado útil en el Oriente Medio. Los dirigentes estadounidenses y británicos trazaron planes conjuntos y consideraron las posibilidades de un golpe de Estado y de una intervención militar a cargo de potencias vecinas (Turquía, Irak, Arabia Saudí), lo que borraría la imagen neocolonial. El gobierno británico, en coordinación con la Administración Eisenhower, aprobó dicha intervención y otorgó a los países implicados una serie de garantías de apoyo militar para el caso de que tanto Egipto como la URSS decidieran defender Siria³⁷. Pero esta posibilidad se esfumó ante las reticencias de los líderes de éstos a embarcarse en una iniciativa que podría dañar su legitimidad entre sus ciudadanos y ante las malas relaciones existentes entre ellos, como era el caso de la rivalidad entre los Saud y los Hashemitas. El resultado final, sin embargo, fue que el propio Nasser (ayudado por una parte de la élite de Damasco) decidió evitar la caída de Siria en la órbita soviética, mediante el envío de tropas a ese país en octubre de 1957. El complemento de esta iniciativa consistió en una negociación con las autoridades de Damasco mediante la cual ambos países formaron en febrero de 1958 una unión política (la República Árabe Unida). Este movimiento desplazó del poder a los grupos más afines a Moscú, lo que era bueno para Estados Unidos, pero al precio de ver reforzado a Nasser, lo que desagradaba especialmente en Gran Bretaña. Además, los intentos del líder iraquí Nuri Al-Said de invadir Siria con apoyo de algunos exiliados de ese país fueron acogidos ahora con inquietud en Washington, que pasó a tolerar la influencia egipcia como un

³⁶ La formulación de la Doctrina Eisenhower aparece en *The Department of State Bulletin*, XXXVI, n.º 917 (enero, 1957), pp. 83-7. También Salim Yaqub, «Contesting Arabism: The Eisenhower Doctrine and the Arab Middle East, 1956-1959», *Middle East Studies Online Journal*, vol. 1, n.º 1, 2009, pp. 111-123. Entre quienes ven a Washington como nueva potencia hegemónica, Steven Freiburger, *op. cit.*, p. 206.

³⁷ Conclusiones del Gabinete, 10/09/1957, PRO CAB 128/140, NA.

mal menor. Por su parte, Gran Bretaña intentó reforzar a Nuri como alternativa frente a Nasser, por lo que promovió la denominada Unión Árabe, que agrupaba a Irak y Jordania. El problema fue que Nuri presionó en Londres para lograr que Kuwait se uniera a dicha unión o que partes del Estado vecino fueran anexionadas para así fortalecer su posición económica. Pero esto resultaba una amenaza para la economía británica, por lo que el Reino Unido descartó esa idea, de modo que finalmente la posición de Nasser en Siria quedó consolidada por el momento³⁸.

En este contexto, Estados Unidos tendió a abandonar su anterior política de dureza frente a Nasser, condicionándolo a que la acción egipcia fuera útil para los intereses occidentales. Además, Washington apoyaba una profundización de las relaciones entre Jordania, Irak y Arabia Saudí, pero dado el creciente peso económico de la última, resultaba probable el que Riad fuera reemplazando crecientemente a Londres como gendarme encargado de salvaguardar los intereses occidentales en la zona. Ello podía conducir a los aliados árabes del Reino Unido a buscar un acomodo con Riad, debilitando la influencia británica³⁹. En todo caso, Eisenhower pensaba que la política norteamericana debía ser capaz de atraerse a la opinión pública árabe, lo que resultaba contradictorio con que Washington se implicara en iniciativas que fueran percibidas por la población como imperialistas⁴⁰.

En 1958, la posición del Reino Unido en el Oriente Medio se vio seriamente deteriorada al producirse un declive de sus aliados Hashemitas. Así, el rey Hussein de Jordania vivía momentos delicados ante la presión ejercida por los nacionalistas panárabes, especialmente influyentes entre la población urbana. El gobierno Macmillan deseaba efectuar una

³⁸ El propio Secretario de Estado Dulles percibió una gran presión de sus aliados en la zona (incluyendo a Gran Bretaña) para que Washington se posicionara contra la República Árabe Unida. Por el contrario, la inteligencia norteamericana estimaba que dicha unión resultaba negativa para la URSS. Memorándum de discusión del Consejo de Seguridad Nacional, 6/02/1958, *FRUS 1958-60*, vol. XII, pp. 37-40. Special National Intelligence Estimate «Prospects and Consequences of Recent Arab Unity Moves», SNIE 30-58, 20/02/1958, *FRUS 1958-60*, vol. XII, pp. 40-42.

³⁹ Salim Yaqub, *op. cit.*, pp. 111-123. La plasmación del abandono norteamericano de la política de dureza se halla en la aprobación de unas nuevas orientaciones para su política en la región, recogidas en el documento «Long Range US Policy toward the Near East», NSC 5801/1, 24/01/1958, *FRUS 1958-60*, vol. XII, pp. 18-32.

⁴⁰ Un ejemplo fue la negativa del Presidente a que su país se uniera al Pacto de Bagdad. Memorándum de discusión del Consejo de Seguridad Nacional, 24/07/1958, *FRUS 1958-60*, vol. XII, pp. 104-6.

intervención militar que le reforzara, pero esto chocaba con los intereses norteamericanos, ya que por esas fechas Washington estaba más preocupado por lo que ocurría en el Líbano, donde numerosos miembros de la élite política tradicional (principalmente musulmanes), sintiéndose marginados por el Presidente cristiano Camille Chamoun, habían lanzado una revuelta interna contra el mismo ante sus intenciones de cambiar la Constitución para permitir su reelección, lo que constituía algo inaceptable para la oposición. Esta contestación interna empujó a Chamoun a garantizarse el respaldo occidental, por lo que apoyó incondicionalmente la Doctrina Eisenhower, solicitando luego una intervención militar estadounidense. Para la administración Eisenhower, el Líbano era un Estado clave debido a su papel de gran centro financiero de Oriente Medio, en contraste con Jordania, país que contaba mucho más para los intereses de Londres⁴¹. En principio, estadounidenses y británicos manejaron la posibilidad de una intervención conjunta en el Líbano, si bien Washington quería dejar claro que la misma no suponía un cheque en blanco para las políticas de Chamoun (de hecho, en privado le instaban a negociar con la oposición) y quería evitar que esa operación fuera vista como un ejemplo de acción imperialista. En definitiva, Washington parecía titubear entre una intervención militar y un posible compromiso con Nasser para que mediara con la oposición (Egipto ofreció a Estados Unidos su colaboración aportando algunas propuestas para superar la crisis, que fueron finalmente rechazadas por Washington, pero que podían haber evitado la posterior intervención)⁴². Por el contrario, desde Londres se animaba a llevar a cabo la acción militar, lo que hizo que el Secretario de Estado Dulles afirmara que tenía la impresión de que el Reino Unido empujaba a su país a esa medida. Para Macmillan, la asociación con Washington era la mejor forma de que su intervención en Jordania quedara vinculada a los intereses occidentales, evitando la repetición de su aislamiento en Suez⁴³.

Ambos aliados habían hecho ya preparativos para una acción militar conjunta (Operación *Blue Bat*), los cuales quedaron luego arrinconados

⁴¹ Irene Gendzier, *Notes from the Minefield*, Columbia University Press, Nueva York, 1997, p. 412. Nigel Ashton, *Eisenhower*, *op. cit.*, p. 706.

⁴² Irene Gendzier, *op. cit.*, p. 254.

⁴³ *Ibidem*, p. 252. Memorandum de conversación entre el Secretario de Estado Foster Dulles y el embajador británico en Washington Harold Caccia, 21/05/1958, *FRUS 1958-60*, tomo XI, p. 70.

ante la preferencia norteamericana (expresada tanto por el Departamento de Defensa como por el Departamento de Estado) en favor de una intervención unilateral en Beirut, ignorando el deseo británico de vincular ambas acciones⁴⁴. Para el Reino Unido, lo verdaderamente relevante no eran los sucesos libaneses, sino la evolución global del Oriente Medio, siendo preciso el garantizar que el mismo seguiría bajo control occidental (es decir, británico), frenando las ambiciones regionales de Nasser. De ahí que promoviera una intervención ambiciosa, que si bien estaría limitada inicialmente a las ciudades de Beirut, Trípoli y Rayak, pudiera expandirse a otras zonas del país si fuera necesario para eliminar a las fuerzas opositoras. La intervención militar en Jordania debía constituir el complemento de lo anterior, buscándose que Estados Unidos implicara también allí a algunas de sus fuerzas en apoyo británico⁴⁵. No obstante, si bien el Secretario de Estado Foster Dulles no se hallaba demasiado lejos de las intenciones británicas de emplear el caso libanés para debilitar o destruir al líder egipcio, los planificadores norteamericanos preferían una operación de objetivos limitados, que simplemente permitiera estabilizar el régimen libanés mediante un mínimo acuerdo entre las élites políticas tradicionales⁴⁶.

Sin embargo, el 14 de julio el rey Faisal de Irak y su hombre de confianza, Nuri Al Said, fueron derrocados por sectores nacionalistas liderados por el general Qassim. Londres careció de la capacidad para reaccionar ante la nueva situación, a pesar de que la misma implicaba la pérdida de su aliado más fiel en la región y la destrucción del núcleo del tejido de alianzas creado en la zona, el Pacto de Bagdad. A pesar de ello, no se creía estar en disposición de los medios necesarios para poder modificar mediante la fuerza el curso de los acontecimientos. Por otra parte, el nuevo régimen de Bagdad afirmó que cumpliría con sus obligaciones y acuerdos en el terreno petrolífero, al tiempo que en Londres se pensó que el país podría constituirse en un rival de Egipto como centro de referencia del nacionalismo, de tal manera que serviría como contrapeso de la acción de Nasser⁴⁷.

⁴⁴ Telegrama del Departamento de Estado a la Embajada en Londres, 3/07/1958, *FRUS 1958-60*, vol. XI, p. 197.

⁴⁵ Carta de Sir William Hayter a Lord Hood, 25/06/1958, FO 371/134156, NA.

⁴⁶ «Arab nationalism as a factor in the Middle East situation», 12/07/1958, *DDQC* 9, n.º 2 (abril-junio de 1983), CIA 000772.

⁴⁷ Conclusiones del Gabinete, 14/07/1958, PRO CAB 128/32, NA. Actas de la reunión 11.ª del Comité de Oriente Medio, 30/07/1958, PRO CAB 134/2341 OME, NA.

Los sucesos de Bagdad aceleraron la voluntad occidental de tomar cartas en el asunto en el Líbano y Jordania antes de que fuera demasiado tarde, pero ambas operaciones no constituyeron una reacción al golpe de Qassim al estar previstas con anterioridad a éste⁴⁸. Londres sugirió nuevamente una acción conjunta a escala regional dirigida a provocar un cambio de gobierno en Irak (con posibles ramificaciones en Siria) bien mediante una intervención directa o mediante operaciones en Líbano y Jordania combinadas con el apoyo a elementos descontentos con el golpe de Qassim que permitieran consolidar un régimen pro-occidental. El argumento manejado por Macmillan fue que en tales circunstancias el flujo de petróleo hacia Occidente podía ser interrumpido mediante el cierre por parte de Nasser del Canal de Suez y de los oleoductos que cruzaban Siria, además de que podían sabotearse los pozos en los países productores, especialmente en Kuwait, el lugar del Oriente Medio de mayor importancia para la economía británica. Pero Eisenhower optó por seguir los consejos de quienes preferían una intervención puramente norteamericana de alcance limitado en el Líbano, al tiempo que se toleraba una acción británica en Jordania, pero sin implicarse en la misma, poniendo énfasis solamente en garantizar el control del Golfo⁴⁹.

Dada la voluntad de Macmillan de proceder igualmente al despliegue británico, en la práctica se dieron dos operaciones separadas, de modo que los marines estadounidenses desembarcaron en Beirut (15 de julio) seguidos luego por la llegada de fuerzas británicas a Jordania (17 de julio). En ambos casos no se registró apenas resistencia, lo que permitió una rápida resolución de estas crisis de modo favorable para los occidentales. Pero en Londres quedó claro que Estados Unidos no quería vincular su imagen con operaciones británicas que poseían un aire neocolonial, por lo que el gobierno Macmillan no podía contar plenamente con ese apoyo. A pesar de ello, el Primer Ministro se arriesgó a lanzar su intervención debido a que se encontraba en juego la credibilidad del país ante sus aliados árabes, de modo que la continuidad de su posición de preponderancia requería de su reafirmación a través del em-

⁴⁸ Irene Gendzier, *op. cit.*, p. 297

⁴⁹ Mensaje de Macmillan a Eisenhower, 14/07/1958, *FRUS 1958-60*, vol. XI, pp. 234-6. Memorándum de conferencia de Eisenhower con sus colaboradores, 14/07/1958, *FRUS 1958-60*, vol. XI, pp. 211-5. Memorándum de conversación telefónica entre Eisenhower y Dulles, 15/07/1958, *FRUS 1958-60*, vol. XI, pp. 317-8.

pleo de medios militares. En todo caso, Macmillan percibió claramente los límites del respaldo norteamericano⁵⁰.

Sin embargo, tras la caída de la monarquía en Irak, el Reino Unido había perdido la posibilidad de que un Estado bajo su protección ofreciera una alternativa regional frente al nacionalismo árabe. Esto, unido al hecho de que en Washington se percibiera crecientemente la existencia de opciones de cooperación con Egipto, empujó a Londres a llevar a cabo una reevaluación de su política regional. Por un lado, había quedado claro que resultaba inútil un enfrentamiento global contra el nacionalismo árabe (que más bien era contraproducente), siendo necesario buscar un cierto acomodo con éste, pero garantizando el acceso al petróleo y conservando sus derechos en cuanto a las comunicaciones. Ello significaba que era posible lograr un *modus vivendi* con Nasser u otros nacionalistas, mientras que el Reino Unido dejaría de involucrarse en los problemas internos de los países árabes. Sin embargo, la presencia británica debía ser mantenida en el Golfo en razón de su papel estratégico para su economía y para su influencia internacional⁵¹.

Aunque estas ideas implicaban un cambio estratégico en el Reino Unido, su plasmación resultaba compleja, ya que contradecía la tradicional hostilidad contra Nasser. De ahí el intento por parte de Londres de utilizar al nuevo régimen nacionalista iraquí como contrapeso del líder egipcio en una política de «doble contención». Ello explica la disposición del Reino Unido a vender armas a Qassim cuando las relaciones de éste con Nasser experimentaron un fuerte deterioro en 1959. Esto no dejó de preocupar en Washington, puesto que la influencia comunista y de la URSS

⁵⁰ El gobierno Macmillan puso un gran empeño en que el Líbano no era un caso aislado, sino que debía ser vinculado con una operación en Jordania que detuviera la influencia de Nasser. Véanse, por ejemplo, Actas de la reunión de algunos miembros del Gabinete, 14/07/1958, C.C 55(58), CAB/195/17, NA. Ovendale subraya la coordinación de ambas iniciativas, pero la mayoría de los autores perciben en estas operaciones una muestra del desencuentro entre en Reino Unido y Estados Unidos. Ritchie Ovendale, «Great Britain and the Anglo-American Invasion of Jordan and Lebanon in 1958», *International History Review*, vol. 15, n.º 2, 1994, pp. 293-301. Irene Gendzier, *op. cit.*, pp. 12-3. Nigel Ashton, «A Microcosm of Decline: British Loss of Nerve and Military Intervention in Jordan and Kuwait, 1958 and 1961», *The Historical Journal*, vol. 40, n.º 4, 1997, p. 1071. De hecho, el Secretario del Foreign Office Selwyn Lloyd, de visita en Washington, pidió nuevamente a Dulles y Eisenhower la implicación norteamericana en Jordania, pero Dulles subrayó la importancia de la «división del trabajo» entre ambos aliados. Memorandum de conversación, 17/07/1958, *FRUS 1958-60*, Vol. XII, pp. 76-7.

⁵¹ Robert McNamara, *op. cit.*, pp. 140-6.

en Irak estaba creciendo, al tiempo que Nasser se había convertido (temporalmente) para la administración Eisenhower en un instrumento útil en su política de contención hacia la URSS⁵². Por otra parte, Washington se mostraba enormemente esquivo ante las sugerencias británicas de desarrollar una política petrolera común en Oriente Medio y una actividad militar conjunta para situaciones de intervención rápida en la zona, llegando a ofrecer la posibilidad de que tropas británicas implicadas quedaran bajo mando estadounidense. Las autoridades norteamericanas preferían conservar una mayor libertad de maniobra política tanto en el tema petrolero como en el militar, limitándose en el primero a un intercambio de puntos de vista y a elaborar algún documento conjunto, y en el segundo a una planificación genérica de operaciones, pero negándose a especificar los detalles de las mismas y a establecer una política común para la zona.⁵³

El patrón de intervención preventiva desarrollada en Jordania en 1958 se repitió en 1961 en Kuwait. Este emirato desempeñaba un papel fundamental para la economía del Reino Unido en razón de su abundante producción petrolífera, controlada hasta entonces por compañías británicas, que además garantizaba un suministro barato de petróleo pagado en libras esterlinas, aspecto este último que servía también para consolidar el valor de la divisa británica⁵⁴. Pero cuando el Emir de Kuwait solicitó a Londres dar los pasos necesarios para su independencia, Irak formuló (junio de 1961) unas demandas de anexión que hicieron que se temiera una invasión del territorio, por lo que la familia real kuwaití y el gobierno de Londres llegaron a un acuerdo para desplegar tropas británicas con vistas a disuadir a los iraquíes, siendo posteriormente reemplazadas por fuerzas pacificadoras de la Liga Árabe (a lo que ayudó la colaboración egipcia).

⁵² Memorándum de conversación Eisenhower-Macmillan, 22/03/1959, *FRUS 1958-60*, vol. XII, p. 217. Memorándum de conversación Rockwell-Lloyd, 4/04/1959, *FRUS 1958-60*, vol. XII, pp. 411-3. Special National Intelligence Estimate, SNIE 36.2.59, 17/02/1959, *FRUS 1958-60*, vol. XII, p. 389.

⁵³ Memorándum del Secretario de Estado adjunto Martin, 3/05/1960, *FRUS 1958-60*, vol. XII, pp. 255-6. Memorándum del Comandante en Jefe de las Fuerzas Navales de Estados Unidos en el Mediterráneo, 29/06/1959, *FRUS 1958-60*, vol. XII, pp. 224-6. Memorándum de conferencia Eisenhower-Macmillan, 28/08/1959, *FRUS 1958-60*, vol. XII, pp. 233-4.

⁵⁴ Esta importancia era reconocida por los británicos ante sus colegas norteamericanos. Memorándum de discusión del CSN, 27/07/1958, *FRUS 1958-60*, vol. XII, p. 102. Para una evaluación de la misma, Informe de un comité intergubernamental, 2/10/1961, C. (61) 140, CAB/129/106, NA.

De hecho, la crisis kuwaití puso en evidencia que el Reino Unido tenía capacidad suficiente para afrontar despliegues preventivos que ejercieran la disuasión precisa para evitar una acción agresiva por parte de fuerzas hostiles, pero (como se vio en la revolución iraquí) carecía de los recursos necesarios para tratar de cambiar por la fuerza un gobierno árabe una vez que éste ya se había asentado en el poder⁵⁵.

Por último, tras la crisis de Suez la colonia de Adén se convirtió para los planificadores del Estado Mayor británico en el punto clave para controlar el tráfico marítimo en el Mar Rojo y el Océano Índico, constituyendo además una base imprescindible para la proyección de fuerzas militares en la región, lo que determinaba la necesidad de garantizar la permanencia de la misma en manos británicas. De ahí que las autoridades de Londres buscaran el consolidar esa posición mediante la creación de un entorno favorable. Sin embargo, la monarquía yemení del Imán Ahmed se había mostrado tradicionalmente hostil a la presencia británica, aspirando a hacerse con el control de los territorios tribales del Sudoeste de la Península Arábiga, bajo protectorado británico. Para consolidar su posición en la zona, el gobierno Macmillan decidió en 1962 la creación de una Federación en los territorios tribales, en la cual debería integrarse también la colonia de Adén, quedando bajo la tutela de Londres. La muerte del Imán Ahmed y la caída de su hijo (1962) pareció ser un factor favorable, pero en realidad constituyó otro problema aún más serio, ya que dio paso a un régimen nacionalista, la República del Yemen, de carácter pro-nasserista y fuertemente hostil con respecto al Reino Unido, lo que fue percibido como una seria amenaza a la continuidad de su presencia en Adén, por lo que no recibió el reconocimiento británico. Londres temía que dicho paso, sin garantizar previamente el respeto a sus intereses en la zona, provocaría desmoralización entre sus aliados y conduciría a una pérdida de influencia⁵⁶. A su vez, el Yemen vivió un período de guerra civil en la que el bando republicano recibía la ayuda de un numeroso contingente militar egipcio, mientras que la oposición monárquica era apoyada por Arabia Saudí y por el propio Reino Unido. El resultado de ello fue un largo conflicto a ambos lados de la frontera, con frecuentes acciones encubiertas por parte de británicos y egipcios. Al mismo tiempo, una oleada de atentados terroristas se desató en Adén contra los intereses británicos, que conti-

⁵⁵ Nigel Ashton, «A Microcosm», *op. cit.*, p. 1082.

⁵⁶ Conclusiones del Gabinete, 27/11/1962, C.C. (62), CAB/128/36, NA. Memorandum «The Yemen», 10/01/1963, C. (63) 3, CAB/129/112, NA.

nuó sin pausa hasta la definitiva independencia del territorio. Por su parte, los norteamericanos no veían con igual hostilidad al gobierno nacionalista de Sana'a, estando además entonces embarcados en una política de mejora de sus relaciones con Nasser. Así, optaron por reconocer a las autoridades republicanas de Sana'a (a pesar de que el gobierno Macmillan trató de evitarlo) y más adelante respaldaron un plan de alto el fuego y finalización del conflicto armado que no encajaba en absoluto con la postura británica. En otras palabras, esto puso en evidencia una nueva divergencia entre Washington y Londres, en la que Macmillan no dudó otra vez en intervenir militarmente en un conflicto regional de manera contraproducente para los intereses norteamericanos⁵⁷.

Como resultado de estos reveses, hubo a comienzos de los 60 una revisión por parte del Foreign Office de los objetivos en el Oriente Medio, con vistas a reducir los compromisos existentes y redimensionar el área geográfica que resultaba vital para sus intereses. De ahí que, por un lado, se renunciara a mantener una posición imperial en el conjunto de la región, ya que la posibilidad de desplegar operaciones militares de envergadura había sido gravemente dañada con la caída de Nuri Al Said, además de verse sometida a serias limitaciones presupuestarias. Igualmente, el hundimiento del eje Hashemita provocó una pérdida de influencia en la región, por lo que el Foreign Office propuso una política de doble contención hacia Irak y Egipto, fomentando las rivalidades entre ambos. Por otra parte, se otorgó prioridad a los intereses económicos, de manera que se consideraba que la zona clave para el Reino Unido era el Golfo Pérsico y Arabia Meridional, de tal suerte que los esfuerzos debían concentrarse en ese área, aún a costa de perder influencia en otros puntos de la región. En cualquier caso, la voluntad política existente no era la de que los días del imperio británico en Oriente Medio hubieran llegado a su fin⁵⁸. No se

⁵⁷ Spencer Mauby, *British Policy in Aden and the Protectorates 1955-67. The Last Outpost of a Middle East Empire*, Routledge, Oxford, 2005, pp. 107-119. Nigel Ashton, *Eisenhower, op. cit.*, pp. 718-719. Conclusiones del Gabinete, 6/12/1962, C.C. (62), CAB/128/36, NA. Memorándum «The Yemen», 10/01/1963, CAB/129/112, NA.

⁵⁸ De hecho, aún tras la caída de Macmillan y su sustitución por Alec Douglas-Home siguió el gabinete británico comprometido con el mantenimiento de su presencia en Adén, decidiendo el empleo de su fuerza aérea en la lucha contra las rebeliones tribales en la Federación de Arabia Meridional y el reforzamiento de sus tropas en Adén. Conclusiones del Gabinete, 14/05/1964, C.M. (64), CAB/128/38, NA. En aquellos momentos, el Reino Unido mantenía aún su base militar de Adén albergando el mando del Oriente Medio, junto con la base naval de Bahrein, dos batallones del Ejército (apoyados por tropas auxiliares)

ría hasta finales de los 60 cuando el gobierno laborista de Harold Wilson optó, en un contexto de fuerte debilidad de la libra y de crecientes demandas populares para consolidar el Estado de Bienestar, por dismantelar las instalaciones militares al Este de Suez y retirarse de la colonia de Adén, poniendo fin a la presencia imperial en Oriente Medio⁵⁹.

5. ¿Qué significó Suez para el destino del Imperio Británico?

En primer lugar, es indudable que Suez condujo a una revisión global del papel imperial de Gran Bretaña en el mundo, pero ese «Viento de Cambio» pareció alcanzar con cierto retraso el Oriente Medio, ya que, aunque el gobierno Macmillan trató de redefinir los compromisos en la zona, no por ello renunció a seguir ejerciendo un papel preponderante. Es cierto que las dificultades económicas constituyeron un permanente obstáculo para el mantenimiento de esta voluntad imperial, pero ello no impidió la expansión de la red de instalaciones militares y su empleo en recurrentes operaciones siempre y cuando se percibió la necesidad de éstas. Y el apoyo a esta línea de acción imperial siguió estando presente entre muchos miembros de la clase dirigente, especialmente en las filas del Partido Conservador, pero también entre notables laboristas. Por otra parte, si bien cabe señalar que la opinión pública británica no experimentó una evolución manifiesta contra el imperialismo, sí que es cierto que a comienzos de los 60 existía una menor disposición a aceptar grandes sacrificios económicos o militares con vistas a conservar las posesiones imperiales, lo que explica el deseo del gobierno Macmillan de contar con el apoyo estadounidense, el cual aligeraba las cargas financieras a asumir. Dicho apoyo resultaba también clave para garantizar

repartidos entre Bahrein y Sharjah, donde además había dos bases de la RAF, y una base de inteligencia en la isla de Masirah. A ello había que añadir los efectivos que colaboraban con las fuerzas armadas de los monarcas de la región, evidenciando un notable activismo militar. Geraint Hughes, «From the Jebel to the Palace: British Military Involvement in the Persian Gulf, 1957-2011», Corbett Paper n.º 10, King's College, Londres, 2012, p. 2.

⁵⁹ W. Roger Louis, «Britain», *op. cit.*, pp. 32-34 y 38. Aún en 1964 el gobierno británico consideraba esencial el mantenimiento de la presencia en Adén. Conclusiones del Gabinete, 14/05/1964, CAB/128/38, NA. Sin embargo, sí existía la percepción de que la creciente asimetría entre Estados Unidos y Gran Bretaña hacía más difícil el garantizar el apoyo estadounidense. «An Anglo-American Balance Sheet», Memorandum del Secretario del Foreign Office, 2/09/1964, CAB/129/118, NA.

la estabilidad de la libra, que mostraba de forma recurrente evidentes síntomas de debilidad.

Al propio tiempo, la presión estadounidense en favor de la descolonización en el Oriente Medio no fue demasiado fuerte ya que, en el contexto de la Guerra Fría, las administraciones norteamericanas preferían la supervivencia de cierto liderazgo británico en la región con vistas a garantizar la estabilidad y la permanencia en el poder de las élites árabes prooccidentales, además de considerar que era necesario a toda costa el conservar la alianza con Gran Bretaña a escala global, la cual era vital para la cohesión de la OTAN⁶⁰. Esta voluntad fue malinterpretada en Londres, identificándola como el reconocimiento de una consideración especial para los intereses británicos en el Oriente Medio, cuando en realidad Washington estaba decidido a no mezclarse en los contenciosos imperiales de su socio. De hecho, la administración Eisenhower no veía con buenos ojos la continuidad de los rasgos más abiertamente imperiales de la presencia británica, ya que reforzaban la hostilidad del nacionalismo árabe contra Occidente, beneficiando la expansión de la influencia soviética. Sin embargo, era necesaria cierta cautela, ya que el repliegue británico había conducido en algún caso a la creación de gobiernos nacionalistas cuya cooperación con Occidente no podía darse por descontada⁶¹.

Finalmente, el principal factor que puede explicar las crecientes dificultades del imperio británico fue el desarrollo y crecimiento del nacionalismo árabe. El papel del Presidente Nasser como agente de movilización popular en toda la región implicó un enorme desafío para la supervivencia de las estructuras imperiales, especialmente tras la gran victoria política que significó para el líder egipcio el episodio de Suez. Sin embargo, la hostilidad británica no condujo sino a reforzar aún más el mito de Nasser entre las masas que rechazaban el *statu quo* y deseaban el avance en las

⁶⁰ Esta contradicción fue señalada por el Consejo de Seguridad Nacional: «*The Natural US sympathy with those genuinely desirous of becoming free and completely sovereign nations runs, at times, into short conflict with actions required to maintain the strength of the Western alliance and to support our closest allies*», «Progress Report on United States objectives and policies with respect to the Near East», Informe del CSN (NSC 5428), 22/12/1956, *FRUS 1955-7*, Vol. XII, p. 424.

⁶¹ Para los gobiernos de Macmillan y Douglas-Home, Washington estaba más dispuesto a aceptar la pervivencia de las estructuras imperiales británicas en aquellos casos en los que éstas resultaban útiles también para los intereses de Occidente. «An Anglo-American Balance Sheet», Memorandum del Secretario del Foreign Office, 2/09/1964, C.P. (64) 164, CAB/129/118, NA.

reformas. Ello hizo imposible hallar cualquier acomodo entre los intereses británicos y el nacionalismo, sellando la suerte definitiva de la presencia del Reino Unido en la zona.

Clement Atlee había especulado durante su mandato con la posibilidad de dismantelar el imperio en el Próximo Oriente a través de un pacto con los países de la región que permitiera el despliegue de efectivos británicos únicamente en caso de conflicto. Sin embargo, su propio gobierno siguió una política muy cauta de redimensionamiento (*retrenchment*), manteniendo el grueso de sus responsabilidades. Mientras tanto, los conservadores prefirieron una política de «salir del paso» (*muddling through*), tratando de conservar el imperio en lo esencial, cubriendo sus debilidades con el apoyo norteamericano, con la esperanza de que la fidelidad británica a escala global sería recompensada mediante el reconocimiento de su preponderancia regional en Oriente Medio.

El fracaso de Suez puso fin a esta ficción, de tal modo que condujo a la toma de conciencia por parte de Londres de que esa región no podía aislarse de los equilibrios mundiales de poder, por lo que también allí los intereses norteamericanos serían predominantes. A pesar de ello, el gobierno Macmillan trató de continuar con la estrategia de *muddling through*, condicionándola a subordinar su política global en Oriente Próximo a la visión norteamericana, a cambio de que subsistiera el liderazgo británico en el Golfo Pérsico, tal como quedó expresado en la Cumbre de Bermuda (1957). Pero esta elección estaba debilitada por la dificultad de continuar garantizando la seguridad de sus aliados regionales frente a unas amenazas que a menudo procedían de Arabia Saudí o Irán, países fundamentales para Washington, lo que lastraba la capacidad británica de respuesta. Por otra parte, la intervención militar en Jordania (1958) mostró a las claras que Estados Unidos no quería verse mezclado de forma demasiado evidente con la política de Londres en la zona. Ambos factores reflejaban las limitaciones de acción británica, lo que condujo a comienzos de los 60 a un cambio hacia una estrategia de redimensionamiento, que abogaría por concentrar los esfuerzos en el control de Adén y el Golfo Pérsico, donde la presión nacionalista resultaba ser más débil y la importancia del petróleo parecía garantizar para el Reino Unido su estatus de potencia mundial. En cualquier caso, la voluntad imperial seguía estando viva en aquellos momentos entre amplios sectores gubernamentales que no parecían dispuestos a sacrificar la posición regional del Reino Unido y dar paso a una hegemonía norteamericana en el área. Si finalmente esa hegemonía de Washington acabó imponiéndose, ello se debió a que las posteriores

circunstancias hicieron imposible la supervivencia del imperio británico, pero no a la falta de voluntad de conservarlo por parte de Londres.

El fracaso de Suez no condujo en ningún caso al gobierno Macmillan a buscar una salida ordenada del Oriente Medio ni a llevar a cabo un traspaso programado de la hegemonía regional en favor de Washington, sino solamente a tomar conciencia de la poca voluntad norteamericana de sacrificar sus intereses con vistas a ayudar a un aliado en apuros. Esta conciencia se vio reforzada con episodios como la revuelta de Omán y la intervención en Jordania, de modo que lo que se impuso por parte británica fue una creciente cautela a la hora de desplegar sus fuerzas armadas, tratando de evitar a toda costa el verse en una situación de aislamiento con respecto a Estados Unidos. No es que Gran Bretaña se hiciera menos intervencionista o que sólo interviniera con un respaldo garantizado por Washington, sino simplemente que evitó engañar a su aliado para sacar adelante sus iniciativas, tal como había hecho en el caso de Suez. El gobierno Macmillan optó por una línea de transparencia con los norteamericanos, aunque no vaciló en utilizar sus menguados medios militares para desarrollar algunas operaciones que a ojos de los estadounidenses resultaban contraproducentes, pero que eran vistas en Londres como imprescindibles para conservar su estatus de potencia preponderante en el Oriente Medio. Sin embargo, dada la existencia de unos intereses a menudo comunes y teniendo en cuenta la enorme dependencia de las finanzas del Reino Unido con respecto a la colaboración norteamericana, el país no podía permitirse una política que enfatizara el unilateralismo, tal como la que caracterizó a Francia durante esos años.

Conclusiones

La crisis de Suez constituyó un claro síntoma de la debilidad británica, pero no resultó en sí misma tan decisiva para la suerte del imperio en Oriente Medio como a menudo se ha considerado. El verdadero problema lo constituyó la ausencia de una línea de acción alternativa por parte del gobierno Macmillan que tuviera en cuenta los cambios que estaban experimentando la región y el mundo. El Reino Unido no llevó a cabo un proceso de desvinculación gradual y programado, con el objetivo de poder preservar al propio tiempo sus intereses e influencia en la zona. Por el contrario, se trató de una política preferentemente reactiva frente a los desafíos planteados por el nacionalismo. Así, hasta 1963 se perseveró

en el esfuerzo por mantener el imperio a través de dos instrumentos fundamentales: la alianza con las élites tradicionales y el apoyo que debía prestar Estados Unidos. No obstante, las monarquías eran cada vez más inestables en razón de la creciente influencia nacionalista, y sus vínculos con Occidente las desacreditaban ante buena parte de su población, por lo que preferían que su alianza con Gran Bretaña no fuera demasiado visible. Por otro lado, Washington sólo otorgó un apoyo parcial a Londres, ya que los intereses de ambas potencias no siempre resultaron coincidentes, lo que debilitó seriamente la posición británica ante el nacionalismo árabe, embarcado en sucesivos conflictos de desgaste frente al Reino Unido que acabaron por hacer inviable la supervivencia del imperio.